

APROXIMACION A LA NARRATIVA DE PEDRO JORGE VERA

Por: RONNIE MUÑOZ MARTINEAUX

PRESENCIA DE LATINOAMERICA EN EL ARTE Y LAS LETRAS

En las dos últimas décadas estamos asistiendo a un espectáculo especial: nuestro continente está impactando al mundo con su literatura y, en general, con su arte. En el pasado, con excepción se nombraba a Latinoamérica en Europa, se justipreciaba nuestra cultura, o se entendía nuestra realidad.

Han pasado —no en vano— casi cinco siglos, en los cuales lo latinoamericano dejó de ser artículo folclórico o pintoresco. Si al principio éramos puramente las tierras del banano, de los indígenas y de los dictadores aterradores, con el tiempo, el mundo tuvo que cobrar obligatoria realidad acerca de nuestra cultura.

Cuando se pregunta ¿Por qué han sido necesarios casi quinientos años para este nuevo descubrimiento?; cualquier intento de respuesta a esa duda desarrolla sintomáticamente un modo de pensar distinto que ha influido profundamente en nuestra forma de ser, en las prácticas culturales, hasta llegar a ser conocidos y reconocidos, términos como los de Filosofía Latinoamericana, Literatura Latinoamericana, Pintura Amerindia y Teología de la Liberación.

Todas estas reflexiones, están motivadas por el hecho de que nuestra América ha producido valores tan trascendentales en las letras como Pablo Neruda, Vicente Huidobro, César Vallejo, César Dávila Andrade, y otros que, han clavado las puras banderas de la poesía en el corazón de muchos continentes. En la narrativa —antes de que apareciera el boom— se dieron valores de la talla de Pablo Palacio, José de la Cuadra, Arguedas, Francisco Coloane, Nicomedes Guzmán, Manuel Rojas, Marcos Denevi, Rómulo Gallegos, Uslar Pietri y otros.

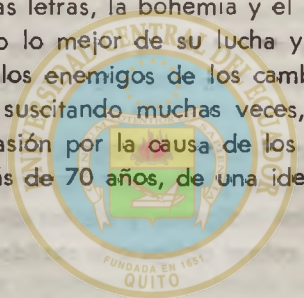
En el caso específico del Ecuador, después de la Generación del 30, luego de "los cinco como un puño", fueron sus epígonos más importantes Pedro Jorge

Vera y Angel Felicísimo Rojas. Luego seguirían Adalberto Ortiz, Edmundo Ribadeneira y Nelson Estupiñán Bass, tres valores de los que habría que hacer un estudio conjunto.

Dado el caso de que Alfredo Pareja fue atrapado por la historia y dejó la novela, en la narrativa actual ecuatoriana los nombres más cimeros son los de Felicísimo Rojas y Pedro Vera; no obstante, el primero ha dejado la novela, luego de escribir "El éxodo de Yangana", acaso la obra novelística más trascendental de las letras ecuatorianas.

Valga este breve preámbulo para iniciar una aproximación a la narrativa de Pedro Jorge Vera, quien tuvo en su juventud aciertos muy importantes en el teatro y la poesía, y que en el periodismo, lleva más de cincuenta años de honesta, fustigante y consecuente actitud en defensa de los humillados y ofendidos de su tierra y del mundo.

El notable autor de "Los animales puros", nació en Guayaquil en 1914, dejó la carrera de Derecho por las letras, la bohemia y el combate social. Desde temprana edad, fue entregando lo mejor de su lucha y sensibilidad a la prensa ecuatoriana, condenando a los enemigos de los cambios, vibrando su pulso con una voluntad avasalladora, suscitando muchas veces, juicios arduos y querellas. Para quienes conocen su pasión por la causa de los sectores democráticos, Vera es la expresión, durante más de 70 años, de una ideología y consecuencia partidaria inmarcesibles.



ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL **LA NARRATIVA DE PEDRO JORGE VERA**

Acercarse a los escritos de Vera, es empezar a vislumbrar una notable producción literaria; su obra fecunda y deslumbrante ha recorrido todo el abanico de los estilos. La política, el erotismo, las evocaciones históricas son una constante de sus libros. Hay precisión en el lenguaje, economía en el diálogo, certeza en la crítica; ello, porque se aproxima a las situaciones al instante, para encender la pira de una gran crónica humana.

Se ha dicho de sus cuentos que, en ellos se usa la motivación política sin aplicar los objetivos estéticos ni eludir las exigencias de la técnica misma con que se arma una narración, tal como anota Galo René Pérez: "Los ingredientes poéticos del lenguaje y los influjos emotivos alternos, de la desesperación, y la ternura, van comunicando fuerzas persuasivas y corta a la evocación veraz de los hechos".

CONSTANTES DE SUS NOVELAS

Desde **Los animales puros**, Pedro Jorge Vera presenta el ambiente de la novela como "una selva social" en la que conviven —enfrentándose, violentándose— grupos sociales de diversas situaciones y características.

Esta, que ha de ser una de las constantes en la narrativa de Vera (aun en sus cuentos, aunque, naturalmente, en menor grado) en esa su primera novela, se nos entrega alrededor de los jóvenes románticos que en la década del 30 aspiraban a "cambiar la vida", creyendo que la revolución se encontraba "a la vuelta de la esquina". Provenientes de diversas capas de la clase media (el protagonista David Caballero de la alta burguesía), todos aman la revolución principalmente por odio a la fealdad de una sociedad contradictoria y cruel, pero ninguno —salvo quizás Luis Rojas— puede desprenderse de las taras provenientes de sus clases de origen y son huéspedes incómodos en las filas revolucionarias. Frente a ellos, José Moreno es la voz auténticamente proletaria, pese a sus resentimientos personales y a sus debilidades humanas, o acaso por ellos mismos, pues la literatura que se ha liberado del maniqueísmo no construye arquetipos sino hombres con sus grandezas y sus miserias.

En **Los animales puros** está, pues, presente, la sociedad guayaquileña en su conjunto, y al igual que en las otras novelas de Vera, este aliento balzacquiano le confiere la calidad de gran mural.

Otro aspecto notable de la novelística del autor ecuatoriano, es la profundidad intelectual de buena parte de sus personajes. Como lo señaló un crítico español, la principal falla de la novela latinoamericana es que, parecería que sus personajes no piensan y sólo son seres de acción. Por cierto, hay que exceptuar principalmente a Carpentier y a Sábato, junto a ellos, Vera nos da justo asidero para la reflexión, con hombres y mujeres que sin ser filósofos, nos proveen de pensamientos originales, de tesis audaces.

Vera no es precisamente un estilista. Sin ser un autor desmañado, su estilo carece de preciosismos formalistas. Cada novela suya está mejor escrita que la anterior, eso sí, y en **Las familias y los años**, la elegancia, la precisión, la sobriedad de la letra, cautivan tanto como la peripecia. Pero, es evidente que en la obra de Vera importan más el fondo, el mensaje, la trascendencia, que el regodeo estilístico.

Cabe señalar también que, en todas sus novelas aparece la perspectiva del cambio social, no como una tendencia superpuesta postizamente sino como la conclusión que surge del desarrollo mismo de la acción.

LOS ANIMALES PUROS. (Novela, Edit. Futuro, Buenos Aires, 1946).

Novela de una frustración, la de una generación de revolucionarios románticos que buscaban la pureza a todo trance, sin embargo, no es una conclusión pesimista la que se extrae de ella. Si bien dos de los personajes principales —David Caballero y Carlos Suárez— se suicidan y Fernández deserta, Luis Rojas reivindica el futuro: "Todo pobre espera llenándose de rabia y de fuerza. Y han de venir otros, más nuevos y más fuertes. Porque el pueblo tiene ciegos los ojos, pero no el corazón". "Sí, la revolución vendrá como una cosa del mundo, como el período glacial. Porque aunque nos maten, no pueden matarnos".

Relato introspectivo, esta novela marca la superación de la generación de los años 30, tan fuerte, tan veraz, pero que se quedó un poco en la superficie de los seres humanos. Ya hubo atisbos en Palacio, en su singular manera de relatar; ya Pareja había abierto el camino con **Hombres sin tiempo**, pero **Los animales puros** es la obra que definitivamente libera a la novela ecuatoriana de su realismo primitivo y nos ofrece un realismo en que también está presente la magia (sin que pretendamos que se trate de realismo mágico), como en la escena del recorrido a caballo que David realiza en la hacienda y como el símbolo de la serpiente que es la hechicera intelectual en varias ocasiones.

Para dar un ejemplo de la densidad intelectual de los personajes, recordemos estas palabras de Suárez: "Sostengo que hay dos clases de hombres: los de pensamiento —los hombres demonios— y los de acción. Dentro de las actuales condiciones sociales, muchos de los primeros sólo lo son potencialmente, pues están reducidos a la infraestructura o al analfabetismo. No quiero pensar en su tormento al sentirse posesos de un demonio de inexplicable origen. Al fin y al cabo, los que somos conscientes de esta lucha, gozamos con ella porque la sabemos eterna y creadora. Así mismo, muchos de los hombres de acción se han convertido en intelectuales, pero ellos dan un sentido finalista a su espíritu. Son intelectuales para descubrir una nueva ley de la mecánica o para escribir un poema. Son los artesanos de la inteligencia y esto no tiene un sentido peyorativo. Generalmente, hasta hoy por lo menos, son más útiles que los otros. Tal vez porque saben lo que quieren y pueden abrazar una fe con todo su ser. Si usted quiere ejemplos: Gorky y Dostoievski, Mozart y Beethoven; sus símbolos: Jesús y Hamlet. Los unos realizan una obra, los otros viven simplemente, exaltan y torturan su espíritu, casi llegan a negar su obra. El intelectual nato no destina su espíritu a nada: se limita a dejarlo vivir. Por ello, es siempre un voluptuoso y un insatisfecho, aunque temporalmente llegue a creer en algo; aún no se ha impregnado de su nueva fe, cuando un nuevo aguijón lo tortura. Su escepticismo triunfa y le sobrevive".

Hay un consenso general de que, **Los animales puros** es la mejor novela de Vera, y esta afirmación, molesta mucho al autor. Ha dicho que esta opinión

terminará haciéndolo odiarla, pues él cree que sus otras novelas son igualmente auténticas y sinceras, y que, todas superan a su novela primigenia en cuanto a técnica, a oficio: que están mejor escritas; en una palabra, sin el retoricismo que —piensa Vera— afecta a **Los animales puros**.

Sin pronunciarnos definitivamente sobre este punto, creemos que, en verdad no se puede exaltar **Los animales puros**, en desmedro de los otros relatos largos de Vera, que —de esto no cabe duda— son formalmente superiores.

LA SEMILLA ESTERIL. (Novela, Edit. Casa de la Cultura, Quito, 1968).

Novela de la alienación producida por el dinero, que es a lo que alude el título: "He aquí que te volviste estéril porque sólo sembraste dinero, que es estéril por la eternidad, y porque tu propia simiente no la sembraste: la tiraste con odio, la escarneciste en los burdeles y en los condones, la destruiste con el bisturí perverso".

Con personajes rotundos, el relato demuestra como el dinero distorsiona la vida de las gentes, en todos los niveles. Contra esto, insurge Cristóbal Arancibia, el puro de la novela —junto con Elena—, que sueña en un mundo "donde el amor sea amor y no dinero, donde la flor no sea una flor de dólar, donde el aire no esté viciado por las emanaciones del oro".

Agustín Toral, Carmen Rosa, Jaime Granja, Elena, el mismo Cristóbal ¡qué personajes tan verdaderos y tan cautivantes! Son realmente balzaquianos, como lo ha señalado un crítico.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

La muerte de Agustín Toral da lugar a páginas maestras, que no entiendo por qué Galo René Pérez las asemeja a **La muerte de Artemio Cruz**, de Carlos Fuentes, cuando se trata de situaciones y de personajes del todo diferentes. Pero en realidad, la tensión dramática de esas páginas es extraordinaria: "Y Dios venía volando a preguntar para qué. ¿Para qué construiste el dinero, y venciste, y fuiste solo como yo, fuerza omnipotente sin más norte que vencer, y poder, y destruir? Como yo que lo hice todo sin piedad sólo por hacer, sólo por poder hacer, y después, todo abandonado, porque ya di la vida y es bastante, y no me importa el llanto, ni la sangre vertida, porque soy el que puede, y porque el universo no se detendrá a contemplar a una puta podrida, ni a un niño carcomido, ni a un ángel hambriento. Pero yo traje a mi Hijo para que Dios sepa cómo se pudre la salud y vea la mirada del hombre, y oiga cómo aulla la hembra calle, y para que, si su semen de Dios es inútil, riegue entonces su palabra creadora. Y yo no soy culpable, y él no es culpable, de que los podridos y los impotentes ensuciaran su palabra con su espantosa baba. Pero tú eres culpable, por tus hijos y por t!".

Jaime Granja, el desengañado temprano, que dejó marchar solo a su novia francesa a combatir y a morir en la Guerra Civil Española, elabora toda una doctrina de su escepticismo. No me resisto a transcribir uno de sus párrafos: "Los tres caminos son: el cristianismo, el comunismo y el cinismo". Ya has visto que mi cinismo se basa precisamente en el cristianismo; mejor dicho: sólo el cínico es un cristiano consciente, como lo son los altos jerarcas de la Iglesia; aceptamos su doctrina, sabiendo lo que se propuso: que los hombres se dividan eternamente en ricos y pobres, y a que éstos se resignen, esperanzados en el más allá, va destinada toda la gritería contra aquellos. El comunismo es una utopía irrealizable, porque el hombre, sin incentivos, sin la espera de alguna forma de fortaleza, volverá a ser una oveja del rebaño. Lo importante del comunismo, lo verdadero es que, al estremecer la estructura social, al sacar a luz la desigualdad monstruosa, obliga al capitalismo a hacer un reajuste. Y finalmente, nosotros, los cínicos, que lo vemos todo y lo comprendemos todo: somos cristianos, burgueses y comunistas al mismo tiempo. Estamos un poco más allá del bien y del mal, no somos histéricos, creemos en Dios porque es cómodo y reconfortante, no porque hayamos verificado su existencia (lo cual, por lo demás, no hace falta). Nos gusta el cristianismo porque mantiene las jerarquías necesarias; nos gusta el comunismo porque sin su estímulo, sin la bulla que arma, la sociedad seguiría ciega y un buen día terminaría reventando. Hay un cuarto camino: conformarse con todo lo que hay, y defenderlo a ojos cerrados, pero éste es el de los tontos. De los otros tres, elige el que quieras: el cristianismo puro te llevará al misticismo trágico; el comunismo puro hará de ti un mártir; el cinismo ecléctico te da la sabiduría y la paz".

Novela agitada y rotunda, donde el dinero, el sexo, Dios, el amor, la revolución, son inquietudes que acosan a los personajes. "**La semilla estéril**" seduce, además, por su dinamismo y su contrucción ejemplares.

TIEMPO DE MUÑECOS. (Edit. Casa de la Cultura, Quito, 1971, Primer Premio, en la Primera Bienal Ecuatoriana de Novela, 1970).

Vera, cuya narrativa es esencialmente urbana aborda es esta novela el tema del indio. Mas, no se trata de una novela indigenista ni mucho menos. El indio de Vera —Jesús Lasso— es "de ciudad", esto es, el joven aborigen que viene a la universidad; es un intelectual, un ser que naufraga en la ciudad y termina renegado de ella: "Pequeña ciudad" dominada por comadres, con su aire envenenado, sus rameras sabientes, sus generales muertos en la cama, sus banqueros colosales, sus templos jactanciosos, sus automóviles iracundos: un indio de mierda te desprecia y reniega de tí porque vino a buscar sabiduría y poder y tú le has entregado melancolía y rencor. Y heme aquí encadenado a tus mullas, de tal manera me trastornaste, que odiándote y negándote a participar en tus festines, soy una bestia sin patria que no podría ya fundirse con la tierra abandonada: pobre animal cruzado que no se reconoce".

Vera introduce en esta obra un recurso que se asemeja al "camera eye", empleado por Dos Passos y en el Ecuador por Ortiz en **Juyungo**, el "Odio y ojo de la selva"; son viñetas alusivas a la materia de que trata el capítulo. En Vera, estos agregados son pequeñas joyas que si relacionadas con la narración, adquieren vida independiente, como Montoneras, en el capítulo Enero de 1939.

"Primero fue un vago rumor: como palabras del viento, débiles palabras sin dueño, esparcidas en la inmensidad desolada de los páramos, en los valles de verde sempiterno, en los chaquiñanes escarpados. Después, fue precisándose la noticia: en las tierras calientes se habían alzado en montoneras los ladrones montubios detrás de un viejo pequeñito que prometía extirpar el cepo, el látigo y el hambre.

"¿Será también para naturales?"

"Claro pes. Indio Alfaro es.

Llegó combatiendo, sobre los hombros un poncho, igual que los indios. Movíanse al viento sus barbas canas cuando ellos llegaron a su campamento, a ver si en verdad existía el indio Alfaro, a llevarle alimentos, a ofrecerse para sus soldados.

"Años más tarde, tan flagelados, encepados y hambrientos como antes, se lamentaban:

"—No ha sido indio Alfaro. Presidente no más".

Se ha criticado el final de **Tiempo de muñecos**, en que una judía decide unir su destino al de Jesús Lasso y se le entrega sexualmente, porque —se ha dicho— es imposible que una muchacha europea culta se integre con un indio despreciado. Pero se olvida que Eva Müller es una mujer consciente de la tragedia judía, que ha sentido el rigor de la persecución nazi: "¡Los judíos somos peores que cuyes! A los indios los acosan hace cuatrocientos años? a nosotros, más de dos mil. A los indios los flagelan, a los judíos los queman vivos. A ustedes los desprecian, sí, pero no quieren exterminarlos porque los necesitan. A nosotros no nos necesitan: quieren extinguirnos".

Al igual que todas sus otras novelas, **Tiempo de muñecos** tiene ventanas al mundo. No se circunscribe a la realidad latinoamericana sino que participa de la situación mundial, en este caso, de la Guerra Civil Española. Así, la novela es también un cuadro de como se vivió en Ecuador, el drama de la patria de Cervantes.

EL PUEBLO SOY YO. (Edit. De la Flor, Buenos Aires, 1976).

Muchas son las novelas sobre dictadores escritas en Latinoamérica, desde que Valle Inclán inició la corriente con su **Tirano Banderas**. Baste citar **El señor Presi-**

dente, de Asturias, **Yo el Supremo**, de Roa Bastos; **El otoño de Patriarca**, de García Márquez; **El recurso del método**, de Carpentier; **Conversación en la Catedral**, de Vargas Llosa; **Oficio de difuntos**, de Uslar Pietri. Pero, **El pueblo soy yo**, es un enfoque del todo diferente. Más que una novela de dictadores, es la novela del poder, de la obsesión del poder. González Tejada está sin duda copiado de Velasco Ibarra ("Este libro no es historia, pero está inspirado en la historia y envuelto en ella", dice Vera en el epígrafe inicial), al menos en su vida pública, que la privada, en la novela difiere casi completamente de la del ex Presidente ecuatoriano. Y de acuerdo con su modelo, González Tejada no es el tiranuelo burdo de Asturias, ni el iluminado de Roa, ni el estetizante de Carpentier. Es un intelectual megalómano, convencido de su grandeza y que se cree el redentor de su pueblo. Ascético, confuso, atrabiliario, está retratado en la carta de Jorge a Flora: "González Tejada es el alma nacional. Voluble, contradictorio, informe, arbitrario, caprichoso, irresponsable, representa a las mil maravillas a ese pueblo, nonato como todos los pueblos de nuestra América. La libertad a secas es para ellos una borrachera más embrutecedora que la contraen con los alcoholes maléficos de sus cañaverales. Yo prefiero al González Tejada despótico y terrorífico porque así pone al desnudo la farsa de la libertad y nos da la verdadera imagen de lo que somos: una seminación inepta y balbuceante, aún en el quinto día de la creación. El González Tejada de hoy será un corruptor más nocivo del alma popular, porque ni siquiera sirva para sacudirla a patada limpia. Tirano, puede ser útil como tábano; demócrata, es sólo un eslabón de la cadena estranguladora de proxenetes que no han gobernado a nombre de la libertad".

Dividida en actos, con intermedios entre período y período presidencial (que en Velasco Ibarra fueron cinco y en la novela sólo cuatro). **El pueblo soy yo** se incorpora a la literatura sobre mandones producida en América Latina, pero con una tónica diferente. Como las letras no son una carrera de caballos, no interesa saber cuál de las novelas sobre el tema es primera o segunda: lo importante es determinar cuáles de ellas responden a la intención de presentarnos esta terrible lacra latinoamericana. Creo que lo logran casi todas, pero (excluyendo la del español que inicia la corriente), lo consiguen con mayor fuerza, Carpentier, Roa Bastos y Vera.

El final "**El pueblo soy yo**, cuando el gobernante derrocado penetra en las regiones de locura, alcanza en verdad ribetes shakesperianos.

LAS FAMILIAS Y LOS AÑOS. (Edilibro de Madrid, 1982).

Esta es la última novela que ha publicado Vera y como lo señala Paul Engel, la más ambiciosa de todas, porque aspira a ser una especie de mural de América Latina. De aquí que, en sus 384 páginas se entremezclen hechos históricos de diversos países, para terminar con el drama chileno de la caída del gobierno de la Unidad Popular y el inicio de una larga tiranía.

Técnicamente, la novela se desarrolla a grandes brochazos que van desde finales del siglo pasado hasta la década del 70 (por la caída de Allende). Todo realizado con un admirable poder de síntesis que elimina todo lo superfluo y trivial.

Al igual que en sus otras obras, hay aquí personajes apasionados por su conceptualismo. Oigamos a Juvenal Banchón, ese nihilista original: "Yo creo sólo en el animal pensante que soy. En mí y también en Catalina, la hembra con quien copulo, con quien converso, con quien río. Lo demás me es indiferente. No digo que soy antihumano, porque me apasiona el hombre Juvenal Banchón. Pero sí soy antisocial. No me interesa la sociedad, ni sus normas, ni sus estatutos, ni sus creencias, ni su dolor, ni sus esperanzas. Soy ajeno a su presente y a su futuro".

Audaz, profunda, animada, **Las familias y los años** es para mí una de las mejores novelas de Vera. Están en ella, todas sus calidades a través de una visión ecuménica e histórica, que pocas veces se ha dado en el relato hispanoamericano. Aunque es desagradable establecer comparaciones, ¡qué diferencia con ese mamotreto de Vargas Llosa, **La guerra del fin del mundo**, a la que se ha dado tanta importancia sólo porque el escritor peruano es hoy el novelista de moda de la reacción continental pero que en verdad es un relato farragoso sin personajes reiterativo y lleno de banalidades! Vera, en cambio, en su última novela, va sólo a lo esencial; no hay en ella una sola página que esté de más, y todo lo que se relata es importante para la novela e importante en sí mismo.

Otra faceta notable de **Las familias y los años** es la perfección del monólogo interior. Ya Vera lo había realizado en sus otras novelas, particularmente en **El pueblo soy yo**, pero en esta última es mucho más suelto, más ágil y más profundo. En este capítulo, su autor no trata, por cierto, de imitar a todo trance a Joyce. Debe haber aprendido, sin duda, del maestro irlandés, pero no trata, como tantos narradores actuales, de ser Joyce de segunda (o de tercera) mano, ni tampoco de ejecutar una especie de "naturalismo del monólogo interior", esto es, de tratar de reproducir el pensamiento de los personajes al pie de la letra, lo cual, por lo general, lo convierte en un soliloquio repleto de trivialidades. Véase un trozo de Juvenal: "este triunfo de Alianza Popular no pasarán de ser unas vacaciones que terminarán sin pena ni gloria cuando los tiburones se rehagan que será muy pronto lo cual no deja de alegrarme porque entonces sí yo Juvenal Banchón que en definitiva soy el continuador de sensuales acratas pero voluntariosos y hedonistas y no los banqueros insaciables ni los niños bien engrupidos, yo Juvenal volveré a tener a Catalina para mí solo y juntos a gozar del sol y de la belleza del mar y de la poesía del viento y de la música antes de que la guerra atómica venga a instaurar el reino absoluto de las cucarachas".

Como bien lo señala la crítica portorriqueña Rosalina Perales, el monólogo interior de Vera es "un moderado fluir de la conciencia, sin reforcimientos ni complejas distorsiones a lo Joyce, sin paralelismos matemáticos a lo Carlos Fuentes".

En este libro Vera se sitúa entre las más cimeras figuras de la narrativa latinoamericana.

LOS CUENTOS

En el relato corto, Vera exhibe las mismas calidades que en la novela. Si en este género demostró un poder de síntesis casi sin par en la novelística continental, esta facultad le sirve magníficamente en el cuento, que es en esencia un género donde no pueden existir ripios; el soneto del relato como se lo ha llamado.

Otro rasgo que Vera luce en los cuentos es la ironía. Ciertamente que ella campea en sus otros libros y que **"El pueblo soy yo"** es una caricatura magistral —sin que le falte dramatismo de buena ley—, en los cuentos encontramos piezas casi maestras de la ironía: **Luto eterno, Lealtad, El mundo blanco, Money is time, La novia, ¡Viva Velasco! y otros alaridos, Pan con pan** y algunos otros.

Aunque se han hecho algunas ediciones de sus cuentos escogidos, como lector tengo derecho a proponer la mía propia. Tomando sólo sus cuatro primeros libros, sin poder referirme a ¡Ah los militares...! (con que Editorial El Conejo nos amenaza hace más de un año sin publicarlo hasta hoy), los mejores cuentos de Vera, son a mi juicio, éstos: **Luto eterno, Los ojos secos, La confesión, Un hombre de letras, El retrato de la víctima, Lealtad, La apuesta, Margot, El destino, La nueva, El viejo, El mar hasta la muerte, American Paradise, Los señores vencen, Ava y las palmas, Tricolor, Diana ha regresado, Nueva York, Hermano, Tangos, Un ciudadano de París, Los mandamientos de la Ley de Dios, La muerte propia, Cita en París, Los Dioses, Destinación a La Habana, Jesús ha vuelto, La niña Mati, El indiferente, Claxon frente a la casa de Raquel.**

NADA MAS QUE CUENTOS. (Edit. "Señal", Quito, septiembre 1979).

Respecto a esta obra, que recopila casi toda la producción de cuentos de Pedro Jorge Vera, tuvimos el alto honor de escribir su prólogo. Por considerar que en dicha nota introductoria se contienen datos y elementos de cierta utilidad para penetrar en sus cuentos, la transcribimos a continuación:

"Más de una vez hemos afirmado que, difícilmente se da el ejemplo de un escritor de mayor lealtad a su pensamiento, a su literatura y a la proyección de sus ideales como en el caso del autor de "Los Animales puros". Desde la

publicación en 1953 de su primer libro de cuentos "Luto eterno" hasta su reciente "Jesús ha vuelto", se ha patentizado en sus relatos una creciente profundización en los conflictos humanos, una notable madurez de estilo y una reafirmación de su pensamiento social. Es que, para Pedro Jorge Vera lo estético, lo ético y lo político constituyen un todo aleccionador que no ofrece ni tregua ni trizadura. Que no vacila ni hace concesiones.

En "Luto eterno", que obtuvo en 1952 en Guayaquil el premio "José de la Cuadra", se alternan un sarcasmo de buena ley —que es una de las características más definitorias— y la visión de personajes adentrados en los umbrales más conflictivos de la gran comedia humana. Aquí, cabe citar al gran poeta Jorge Carrera Andrade, quien al recordar la penetración de Vera en los conflictos humanos, lo llamó: "uno de los pocos escritores ecuatorianos a quienes se les puede dar el calificativo de existencialista". Y así es en efecto; en la existencia y en la literatura de Pedro Jorge Vera, están en la vanguardia la vida por la vida, la acción por la acción.

El cuento titulado "Luto eterno" nos parece de una ironía goyesca. La hipocresía de una familia pequeño burguesa, es desvelada de modo casi sangriento, pero sin llegar a la caricatura. Así, se da una vez más, otra típica cualidad de Pedro Jorge Vera, y esto, lo anotó sagazmente el brillante crítico argentino Enrique Anderson Imbert: "En vez de deslizarse por los exteriores de la realidad ecuatoriana —según hacían otros novelistas— se metió en lo hondo de los personajes".

En su segundo libro de cuentos, "Un ataúd abandonado", entró con pie decidido al relato. Ya en ese tiempo, Enrique Noboa, lo califica como "una personalidad literaria de contornos definidos y definitivos". Y ello, es corroborado por trabajos que nos parecen inolvidables como el que da el título al libro y por otros como, "El Mar hasta la muerte", en el que, se describe con honda ternura las ansiedades de un niño por conocer a su progenitor, del cual, no tendrá nunca ni retratos ni regreso.

No está dentro del propósito de esta modesta presentación —ya habrá espíritus más lúcidos que lo hagan— hacer un análisis exhaustivo de los cuatro libros de cuentos que se integran en la presente obra. El pleno oficio, la soltura en la estructuración del ámbito mágico del relato, sus continentes y sus constancias y el profundo sentido vital que el autor sabe insuflar a sus personajes, merecen por cierto una radiografía en profundidad. Abría que añadir a esta visión, un amplio panorama del relato ecuatoriano y las aproximaciones —si las hay— de un autor como el que nos preocupa, que viene de una tradición que tiene sus valores más cimeros en Pablo Palacio, José de la Cuadra, Icaza, Alfredo Pareja y Gil Gilbert. Y aquí, repetimos un juicio nuestro que creemos honesta-

mente valedero: Pedro Jorge Vera es un escritor de una personalidad poderosa que no se detiene al atisbo de tal o cual maestro, de esa o aquella influencia. Ello, porque es dueño de una autenticidad inigualable.

Lo que expresamos anteriormente se repite una vez más en el libro "Los mandamientos de la Ley de Dios" que publicara la Casa de la Cultura Ecuatoriana en 1972. Vinculación profunda con su estilo y con su pueblo, y ello, con una técnica simple; sin filigranas ni barroquismos, pero sin olvidar con ninguna contumaz vanidad, las mejores tradiciones de un Poe o un Maupassant. Y, en esto del barroquismo, no nos resistimos a dejar de citar una opinión del ensayista uruguayo Eduardo Galeano: "Yo personalmente prefiero la literatura seca, y advierto con horror que mientras menos calorías consume un pueblo, más palabras gastan los escritores de ese país en expresarse".

Pasando a otro tópico, encontramos en estos relatos —y también como una gravitante— cierto erotismo que no alcanza a ser agresivo. Hay cuentos que se pueden percibir desmejorados, porque al cuentista se le anticipa el viejo y combativo periodista. Ello, es la excepción, pero es pertinente decirlo. No podemos olvidar que, Pedro Jorge ha sido y es un columnista de fuste y pasión. Tanto en sus novelas, artículos o cuentos, ha desmenuzado la realidad de la sociedad ecuatoriana. Derribando falsas estatuas, desvelizando hechos, denunciando con ironía lapidaria los vicios y errores de un sistema que resta al hombre el pan y la esperanza. Lo hace y lo seguirá haciendo con un profundo humanismo, con una visión sagaz, porque arranca el material de sus escritos, de cada cantera de la batalla social. No obstante, su talento literario le impide sumergirse en la consigna torpe o en el cartelismo mediocre. Muy al contrario, en su literatura denunciante hay una seriedad de juez iracundo, de actor, de centinela que no claudica ni perdona. Así, quien quiera examinar un gran capítulo de nuestras letras y batallas, deberá obligatoriamente retornar a sus artículos, novelas y cuentos.

Del último libro de cuentos, "Jesús ha vuelto", de reciente aparición, hicimos junto a escritores tan preclaros como Alfredo Pareja Diezcanseco y Claudio Mena, una presentación que nos enorgullece y nos hizo comprender mucho mejor la categoría intelectual de un hombre que conoce como el que más, los secretos de la honestidad y la sencillez. Su preocupación de siempre ha sido la realidad social del Ecuador. Pero, al describir dichas realidades no olvida el contexto continental. Ya lo dijo un gran escritor: "Describe bien tu aldea y describirás el mundo". Manifestamos esto, porque los relatos de Pedro Jorge Vera, no solo tienen significación localista. Lo prueban las múltiples antologías de América y Europa que han incluido sus cuentos. Ello es tan certero, aun cuando pensamos junto a Luis Astrana: "Ningún gran escritor ha apartado la vista de su país y de su tiempo". Lo trascendental estriba en el hecho que, el país se con-

funde con la humanidad cuando el artista tiene las venas abiertas al ser humano, al advenimiento del Hombre Nuevo.

En el libro que cierra el presente volumen, "Jesús ha vuelto", que obtuviera el Premio Unico "José Mejía" el año pasado, se repite la energía detonante de este alfarero del cuento. De quien abomina de las modas pasajeras, de las técnicas que pasan como las nubes y nos dejan el Corazón vacío; de esto, que él mismo ha calificado como "el rayuelismo" que ha embobado a más de algún aprendiz de brujo. Son doce relatos, en los cuales, la ternura y la ironía sientan sus indesmentibles ámbitos. La fortificante capacidad de comunicación con el lector y un estilo sin vacilaciones, invaden las páginas de estos cuentos, de los cuales, el más logrado nos parece el magistral "La muerte Propia", pues posee una intensidad de acción que nos recuerda a ese maravilloso creador de personajes que es Simenón. Junto a éste, hay otros relatos de menor altura como "El Indiferente", que tiene una estructuración de suyo novedosa y un magistral movimiento del diálogo.

Para finalizar, evoquemos a Oscar Wilde, quien dividía a los libros en dos categorías: "Libros que hacen preguntas y libros que dan respuestas". Estos cuentos, esta obra, contestan plenamente a los planteamientos eternos y variados de la problemática del hombre. El amor, la lucha, la política, la muerte y la esperanza. Es una obra de aliento, de imaginación descollante, del testigo de una época convulsionada y tumultuosa; es una obra verdadera. En esto, Pedro Jorge Vera es de una consecuencia sin mácula. "Los hombres —dijo Cervantes— deben ser mantenedores de la verdad aunque les cueste la vida el defenderla". Así ha sido, así será nuestro hermano Pedro Jorge Vera".

COLOFON.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Que esta modesta aproximación a la narrativa de este escritor latinoamericano de noble cepa, pudiera servir para los estudiosos de su obra, ya justificaría el esfuerzo nuestro. No obstante, lo que más nos interesa y nos incumbe como ciudadanos de esta Gran Patria, hija de Bolívar, O'Higgins, Alfaro, Martí, el Ché y tantos otros, es que, definitivamente flamee la justicia, y se devuelva a Vera, lo que todos le debemos.

No se trata de que los premios y reconocimientos le agreguen algo más a la obra de este valioso "ingeniero de almas", pero es el caso que, su literatura y su vida comprometida de manera irredargüible con la prole de Adán, sea suficientemente justipreciada.

Ya hace muchos años que el autor de "Luto Eterno", merece con creces el Premio "Eugenio Espejo"; que no ocurra, la virtual infamia de que se le niegue.

Y no se trata de rescatarlo o absolverlo, como lo dice con la mejor intención Darío Moreira: "A Pedro Jorge Vera, lo absolverá su actitud de buena fe, su participación de francotirador de la avanzada, su inveterada pasión por la justicia".

Pedro Jorge Vera, está absuelto desde que nació; vertical y sincero, militante contumaz de la causa de los pueblos y del antifascismo, cumple cabalmente con la sentencia de Machado: "En España no hay manera de ser persona bien nacida sin estar del lado del pueblo, porque de él hemos aprendido cuanto sabemos y menos de lo que él sabe".

Nació absuelto porque ha vivido y escrito del lado verdadero; ha entregado su tesón a la causa de los que sólo tienen hijos y esperanzas en las manos y, porque dentro del contexto de las letras del continente, la obra de este combatiente ineludible, fulgura con brillo inextinguible.

Quito, mayo de 1985.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL